

# EL CANAL 13 CELEBRO 13 AÑOS DE VIDA



En medio de festejos, que fueron interrumpidos por la lluvia, el Canal 13 celebró el 13 aniversario de su fundación, el 13 de octubre.

Margarita López Portillo, directora General de Radio, Televisión y Cinematografía (RTC) presidió la fiesta de "cumpleaños", y felicitó a los funcionarios, técnicos, trabajadores y demás personal, exhortándolos a continuar con la labor de llevar diversión y cultura a los televidentes del país, como hasta ahora se ha hecho.

"Aún con los obstáculos que el canal padeció, hemos llegado a un año más de vida, de batallas, que hemos ganado para beneficio de todos. Hemos trabajado a base de honradez, y lo seguiremos haciendo hasta el final del sexenio. Seguiremos trabajando como hasta ahora, ya sin temores, porque hemos trabajado bien y así continuaremos", dijo la directora de RTC.

Enrique Vidal fue el elegido, por Jacobo Moret, director de Relaciones Públicas y Prensa del Canal, para leer un mensaje de agradecimiento a Margarita López Portillo, por el apoyo y la confianza que ésta ha proporcionado a todo el personal del Canal del Estado.

A los trabajadores y técnicos con 10 a 13 años de actividad dentro del Canal oficial, se otorgaron diplomas y medallas en reconocimiento a su labor.

En la mesa de honor, además de Margarita López Portillo, estuvo Claudio Farías, director general de Corporación Mexicana de Radio y Televisión (Canal 13), y otros funcionarios.

Amenizaron el XIII Aniversario del Canal varios grupos musicales, además de varios artistas que han tomado parte en diversos programas: Marga López, Enri-

que Polivoz, Héctor Lechuga, Chucho Salinas, Enrique Lizalde, Jaime Moreno, María Teresa Rivas y Aarón Hernán, entre otros.

Durante el día, fue mencionado en los programas de televisión Pancho Aguirre —ya fallecido—, en reconocimiento a su labor como fundador y director de la estación televisora.

"Estamos muy contentos de cumplir un año más de actividades; el canal está marchando perfectamente bajo la dirección del doctor Claudio Farías", expresó Margarita López Portillo.

Entre los asistentes destacaron Sally de Perete, locutora de "Marquesina" y "Tribuna Pública", que realizó varias entrevistas con los invitados al festejo: Angel Fernández, Patty Panini, Sergio Romano, Luis G. Bartsurto y Tere Vale.

SECRETARIA DE GOBERNACION



DIRECCION GENERAL DE RADIO TELEVISION Y CINEMATOGRAFIA

## Inédito en español de Canetti

*Los lectores de habla hispana conocerán en breve, gracias a la editorial Fondo de Cultura Económica, once ensayos de Elías Canetti, traducidos por Juan José del Solar. Escritos a lo largo de cuatro décadas, los temas ahí tratados por el nuevo Nobel de Literatura abarcan desde el análisis de los proyectos arquitectónicos que entusiasmaron a Hitler para Alemania, hasta el desmontaje de los diálogos de Confucio; escribe tanto del significado de llevar un diario íntimo como de la conducta del Tolstoi senil. El volumen incluye discursos pronunciados en las academias de artes de Berlín y Baviera, otro sobre Geor Büchner y uno más acerca del novelista Herman Broch, autor de La muerte de Virgilio y Los sonámbulos. Escrito en 1936, este célebre texto de Canetti dibuja su concepción del escritor y abrirá el índice del volumen. Proceso reproduce a continuación un fragmento del ensayo, solicitado al Fondo de Cultura Económica.*

tal como nosotros lo entendemos, vive entregado a su tiempo, es su vasallo y su esclavo, su siervo más humilde. Se halla atado a él con una cadena corta e irrompible, adherido a él en cuerpo y alma. Su falta de libertad ha de ser tan grande que le impida ser trasplantado a cualquier otro lugar. Y si la fórmula no tuviera cierto halo ridículo, me atrevería a decir simplemente: es el sabueso de su tiempo. Recorre una por una sus motivaciones, deteniéndose aquí y allá: arbitrariamente en apariencia, pero sin tregua; atento, aunque no siempre, a los silbidos que vengan de lo alto; fácil de azuzar, reacio a volver cuando lo llaman, impulsado por una inexplicable propensión al vicio. Sí, ha de meter en todas partes su húmedo hocico sin que se le escape nada, hasta que al final regresa y comienza de nuevo, insaciable. También come y duerme, pero esto no lo diferencia de los otros seres. Lo que le distingue es la siniestra perseverancia en su vicio, este goce íntimo y prolijo interrumpido por sus carreras. Y así como nunca recibe en cantidades suficientes, tampoco recibe nada con la suficiente presteza; es un poco como si hubiera aprendido a correr expresamente en atención al vicio de su hocico.

Les pido disculpas por un símil que sin duda encontrarán indigno en grado sumo del tema que ahora nos ocupa. Pero es mi intención poner precisamente a la cabeza de los tres atributos propios del escritor representativo de esta época Aquel del que nunca habla, Aquel que da origen a los restantes, ese vicio tan concreto y peculiar que yo le exijo, y sin el cual sólo es penosamente mimado y sobrealimentado, como un triste engendro prematuro, hasta que se convierte en lo que en realidad no es.

Este vicio une al escritor con el mundo que lo rodea en forma tan directa e inmediata como el hocico une al sabueso con su coto de caza. Es un vicio distinto en cada caso, único y novedoso dentro de la nueva situación que plantee la época. No hay que confundirlo con el funcionamiento normal de los sentidos que cada cual tiene. Por

el contrario, cualquier alteración en el equilibrio de este funcionamiento, la pérdida de algún sentido, por ejemplo, o el excesivo desarrollo de otro, puede dar origen a la formación del vicio necesario. Este es siempre inconfundible, violento y primitivo. Se pone de manifiesto tanto en los rasgos corporales como en los fisiognómicos. El escritor que se deja poseer por él acaba luego debiéndole lo esencial de su experiencia creativa.

Mas también el problema de la originalidad, sobre el que tanto se ha discutido y se ha dicho tan poco, ingresa a partir de aquí en un campo lumínico distinto. Como es sabido, la originalidad nunca debe exigirse. El que la persigue, jamás la obtiene; y las payasadas vanas y bien calculadas que muchos nos presentan con la pretensión de ser originales figuran aún, sin duda alguna, entre nuestros recuerdos más penosos. Pero entre el rechazo de este necio afán de originalidad y la torpe afirmación de que un escritor no necesita ser original hay, claro está, un paso gigantesco. Un escritor es original o no es escritor. Lo es de un modo profundo y simple, en virtud de aquello que hemos dado en llamar su vicio. Y lo es a un grado tal que él mismo ni lo sospecha. Su vicio lo impulsa a agotar el mundo, tarea que nadie podría hacer por él. Inmediatez y riqueza inagotable, los dos atributos que siempre se le han exigido al genio y que él, además, siempre posee, son los hijos de este vicio. Ya tendremos oportunidad de poner el ejemplo a prueba y averiguar, en el caso concreto de Broch, de qué vicio se trata.

El segundo atributo que ha de exigirse ahora a un escritor representativo es la voluntad seria de sintetizar su época, una sed de universalidad que no se deje intimidar por ninguna tarea aislada, que no prescindiera de nada, no olvide nada, no pase por alto nada ni realice nada sin esfuerzo.

(...)

A través de Los sonámbulos ha encontrado Broch una posibilidad de acceso a la universalidad justamente

La enorme y aterradora tensión en que vivimos —y de la que no ha podido liberarnos ninguno de los ansiados temporales—, se ha apoderado de todas las esferas, incluso de una esfera tan pura y libre como la del asombro. Pues si tuviéramos que resumir muy brevemente nuestra época, podríamos definirla como la época en que es posible **asombrarse** simultáneamente de las cosas más opuestas: de la influencia milenaria de algún libro, por ejemplo, y de que no todos los libros sigan ejerciendo su influencia. De la fe en los dioses y, al mismo tiempo, de que cada hora no caigamos de rodillas ante nuevos dioses. De la separación en sexos que nos ha tocado en suerte, y de que esta escisión no sea todavía más profunda. De la muerte, que siempre rechazamos, y al mismo tiempo de que no nos hayamos muerto ya en el seno maternal, de pesadumbre por todo cuanto habría de ocurrirnos. En otra época, el asombro era sin duda aquel espejo del que suele hablarse tan a gusto y que convocaba las imágenes en una superficie más lisa y tranquila. Hoy en día este espejo se han roto y las astillas del asombro se ha reducido. Pero incluso en la astilla más pequeña no se refleja ya una imagen sola: su contraria la arrastra implacablemente. Veas lo que veas, y por mínimo que esto sea, se anula por sí mismo mientras lo estás viendo.

Y tampoco hemos de esperar, cuando intentemos atrapar al escritor en el espejo, que su destino sea diferente al de los torturados guijarros de la cotidianidad. Opongámonos desde un comienzo a aquel error tan difundido según el cual los grandes escritores se hallan por encima de su tiempo. Nadie se halla espontáneamente por encima de su tiempo. Los "sublimes" no están en él, simplemente. Tal vez estén en la antigua Grecia o entre algunos pueblos bárbaros. Concedámosles esta prerrogativa; es preciso ser ciego ante muchas cosas para estar tan lejos, y a nadie puede negársele el derecho a anular todas sus facultades sensitivas. Pero un individuo así no se halla por encima de nosotros, sino por sobre la suma de recuerdos —de la antigua Grecia, por ejemplo— que llevamos en nuestro interior; es, como quien dice, un historiador de la cultura a título experimental que, con gran ingenio, pone a prueba en su persona lo que su certera intuición juzga necesariamente verdadero. El "sublime" es aún más impotente que el físico experimental, pues si bien éste se mueve sólo en un sector delimitado de su campo de estudios, siempre tiene la posibilidad de ejercer un control. El "sublime" hace su aparición con algo más que reivindicaciones de orden científico: son reivindicaciones de orden abiertamente cultural. Y la mayoría de las veces ni siquiera es un fundador de sectas: sacerdote para sí solo, celebra también para sí solo y es al mismo tiempo su único creyente.

El verdadero escritor, sin embargo,